

# Había una vez

TERESA COLOMER<sup>1</sup>

Ciertamente no es ningún secreto que vivimos inmersos en la narración de historias. La televisión, el cine o las personas las explican con mucha frecuencia y todo el mundo suele interesarse, opinar al respecto o preguntar “¿y cómo acabó?”. También oímos o utilizamos con frecuencia juegos de palabras, repeticiones de sonidos, canciones o imágenes verbales. Nos producen un efecto estético y gratuito que nos hace escuchar con atención, intervenir en el juego o evocar un verso. Los niños nacen con esta predisposición humana hacia las palabras, hacia su poder de representar el mundo, de simplificar y ordenar el caos mezclado de la existencia o de crear y expresar sensaciones, sentimientos y belleza. Cuando a mediados de siglo los psicolingüistas comenzaron a estudiar el desarrollo del lenguaje de los bebés o la manera como los humanos intentan dar sentido a las cosas, no estaban especialmente preocupados por la literatura. Pero pronto descubrieron que la literatura siempre estaba allí. En los soliloquios de los niños pequeños en la cuna repitiendo ellos solos cadencias y palabras que habían oído, en su insistencia para volver a saltar sobre el regazo al ritmo de una canción o para volver a enumerar de forma personificada los dedos de la mano, en los personajes de ficción que mezclaban en las historias inventadas de sus juegos o en las fórmulas tipificadas, como los inicios o las formas verbales, que utilizaban desde bien pronto para explicarse.

La literatura para niños, tanto si la reciben de forma oral, como escrita, como a través de las grabaciones y audiovisuales, constituye un instrumento culturalizador de primer orden que ninguna cultura se ha dejado perder. En este sentido, esta literatura se convierte en una verdadera “escalera” que ayuda a los pequeños a dominar formas cada vez más complejas de usos distanciados de lenguaje y de representación artística: tramas más complicadas, personajes más numerosos, perspectivas narrativas menos habituales, ambigüedades entre ficción y realidad, finales abiertos, géneros literarios cada vez más diversificados, etc. Lo hace todo ofreciendo a los niños un “pasamano”, ya que se coloca a la altura de los receptores, al mismo tiempo que tira de ellos y les da apoyo para que suban cada vez más arriba. Es el caso, por ejemplo, de los libros para primeros lectores, que utilizan la imagen, la fragmentación en secuencias cortas o los recursos de repetición-variación del texto para facilitar la lectura autónoma de unos niños que, hacia los seis o siete años, tienen poca habilidad lectora, pero bastante capacidad para entender historias

Una primera función de la literatura infantil es la de dar entrada en el imaginario humano configurado por la literatura. El término “imaginario” ha sido utilizado por los estudios antropológico-literarios para describir el inmenso repertorio de imágenes simbólicas que aparecen en el folklore y que perviven en la literatura de todos los tiempos. Se trata de imágenes, símbolos y mitos que los humanos utilizamos como formas tipificadas de entender el mundo y las relaciones con los demás: el círculo como imagen de perfección, las cenizas como forma de desolación, el viaje por el agua como fórmula de traspaso... Estas imágenes, temas y motivos hacen que las personas puedan utilizarlos para dar forma a sus sueños, encauzar a sus pulsiones o adoptar diferentes perspectivas sobre la realidad.

Desde el campo de la psicología, la corriente psicoanalítica fue la primera en destacar la importancia de los cuentos en la construcción de la personalidad. Concretamente, Bruno Bettelheim utilizó los cuentos para ayudar terapéuticamente a los niños traumatizados por su experiencia en los campos de concentración nazis. De ahí surgió, a finales de los años setenta, la reflexión sobre el papel del folklore como material literario sabiamente decantado a través de los siglos para responder a los conflictos psicológicos de la etapa infantil. Muchas veces las versiones originales de los cuentos populares inquietan a los adultos por la violencia y crueldad que contienen. Pero, en cambio, eso nunca ha impresionado a los niños y niñas que reciben sin saberlo el mensaje simbólico que las impregna. Se trata de mensajes im-

plícitos, como el que afirma que “si nos esforzamos lo suficiente siempre podremos salir victoriosos”, o motivos que permiten manejar conflictos básicos al desplazarse, por ejemplo, los sentimientos ambivalentes en relación con la madre hacia la figura de las madrastras.

Los niños se familiarizan con muchos elementos del imaginario a través del folclore y las historias que les explican, desde los pequeños personajes, como Garbancito o los enanos, a la existencia ficcional de los anillos mágicos o de los bosques dormidos. Esto les permite compartir un gran número de referentes con su colectividad, entender muchas alusiones culturales de su entorno y experimentar el indudable placer del reconocimiento de estos elementos a lo largo de la lectura de nuevas obras.

Una segunda función de la literatura para niños es que facilita el aprendizaje de los modelos narrativos y poéticos que se utilizan en cada cultura. Sin demasiadas programaciones escolares, métodos específicos o ejercicios sistemáticos, los niños que están inmersos en un medio rico literariamente, progresan muy rápidamente en el dominio de las diferentes posibilidades de estructurar una narración o el ritmo de unos versos, en las expectativas de lo que se puede esperar de los diferentes tipos de personajes, en la existencia de reglas propias de géneros narrativos o poéticos determinados, en el abanico de figuras retóricas disponibles, etc. Así, una fábula encadenada o una de acumulativa, un conjuro o una adivinanza, una personificación o un animal humanizado, una metáfora o las posibilidades juguetonas de una polisemia se convertirán en cosas familiares mucho antes de que nadie se haya preocupado de catalogarlas bajo la etiqueta de estos nombres.

Por eso es importante que la experiencia literaria de los niños y niñas sea muy variada, tanto si pensamos en las actividades-juegos de regazo, de corro, narraciones, adivinanzas, etc.– compartidas con ellos, como si prestamos atención a los libros que ponemos a su alcance– libros de imágenes, libros-juego, álbumes, cuentos de diversos tipos, canciones, poemas, fábulas, cuentos de humor, de aventura y un largo etcétera que debería llevarnos a examinar con cuidado los estantes de la librería infantil para saber si ya se encuentran allí.

Una tercera función ejercida por la literatura de niños es la de ampliar el diálogo entre la colectividad y los pequeños para hacerles saber cómo es o cómo se quisiera que fuera el mundo. Al identificar las imágenes o las acciones de los personajes, los niños no aprenden sólo lo que existe o lo que pasa a su alrededor, sino los valores que se atribuyen a todas estas cosas: qué se considera correcto o mal hecho, bonito o asqueroso, normal o exótico, apropiado para unos o para otros, etc. En todos los tiempos la literatura ha cumplido esta función socializadora simplemente porque habla de los humanos, es decir, porque nos permite ver con los ojos de los demás y desde perspectivas diferentes como se pueden sentir las personas, cómo valoran los hechos, cómo enfrentan sus problemas o qué significa seguir las normas y cómo transgredirlas en cada caso.

De hecho, los primeros libros escritos deliberadamente para niños querían situarse en este ámbito. Cumplían una función didáctica que se proponía enseñar a comportarse, mostrar la manera de ser obedientes, caritativos o aseados. Lo más habitual, cuando prima esta función, es que los libros se alejen de la verdadera acción educativa de la literatura, ya que es muy difícil que ésta se ejerza desde unas premisas tan superficiales y explícitas. A pesar del tiempo que ha pasado, hay que señalar que, hoy en día, una gran parte de los libros sigue insistiendo en este afán aleccionador. Lo que ha cambiado es que ahora los valores son distintos y los libros quieren enseñar cómo ser imaginativos, solidarios o cívicos. No está fuera de lugar que queramos dar a los niños libros que reflejen situaciones y conflictos propios de nuestro mundo, como las nuevas formas familiares, la inmigración o los miedos infantiles. El problema es que conseguir que ese mundo se ofrezca “desde la literatura” y no “desde la pedagogía”. También es preciso señalar que no hay que magnificar el efecto de esta intención educativa, como tendemos a hacer los adultos, ni pensar que los modelos propuestos se traspasan mecánicamente a los niños lectores. Por una parte, los libros son sólo una de las múltiples fuentes de socialización que combinan los niños en su crecimiento. Por otra, lo que se proponía decir la historia, lo que dice realmente y el sentido que, en cualquier caso, le dará el receptor son tres cosas que a menudo no coinciden.

Las sociedades occidentales actuales tienen una amplísima producción de libros infantiles capaz de cumplir los propósitos culturales que ahora hemos esquematizado en tres funciones. Los niños y niñas

sienten curiosidad y placer por estas formas de arte y ficción. Este es el auténtico motivo que les puede hacer convertirse en lectores. Pero para que esto suceda es necesario que se cumplan tres condiciones: La primera es que noten que los adultos también consideran la literatura y los libros como algo interesante y placentero. La segunda es que tengan una ayuda suficientemente sostenida para aprender a leer y llegar a ser autónomos en su lectura. La tercera es que lo que leen continúe manteniendo la idea de que vale la pena hacerlo. Hay un tiempo –poco más de diez años– y un número de obras –pongamos unas 500 como mucho– para que los niños y niñas recorran este itinerario. Así pues, es muy conveniente elegir bien los libros y pensar buenas formas de acompañar a las nuevas generaciones en el viaje que la literatura les construye “*desde el hogar hasta el mundo*”.

1. Directora del Máster de Literatura y libros para niños y jóvenes de la Universitat Autònoma de Barcelona.